



El Aturdimiento (2). La Soledad y la multiplicación de conciencias

José Luis Cardero López

*Hijo de Tierra soy y de Cielo estrellado...*¹

1. El Poder, la Soledad y la Muerte.

El Poder, por más que quiera comprenderlo y abrazarlo todo, termina por ejercerse en solitario y entonces se parece mucho –al menos en sus consecuencias y privilegios- a la Muerte. El ser que ejerce el Poder o a través del cual el Poder fluye, posee un rango muy parecido al predicado para el cadáver en muchas culturas: está aislado para no contaminar-se o tal vez para ser protegido de los cortocircuitos energéticos que el Poder produce. Como los Muertos, quien ejerce el Poder reside en un entorno desde o hacia el cual no se establecen sistemas de reacciones biunívocas, sino tan solo aquellas que corresponden al fluir del Poder. Su agente permanece allí, absorbiendo parte de las emanaciones de ese río desbordado que también puede destruirle a él si se le acerca mucho o si lo maneja indebida e imprudentemente. Desde dentro, al que ejerce el Poder, el entorno que lo rodea y teóricamente le resguarda de lo de afuera, se le aparece como frágil, quebradizo y fácil de tomar por asalto. Inversamente, desde fuera, para los pacientes del Poder, el recinto desde donde éste mana surge sobre el terreno como una fortaleza inexpugnable, hostil y amenazadora, únicamente preocupada en escupir el Poder hacia ellos. Semejante doble perspectiva según unos u otros, es parecida a la que se tiene desde el mundo de los vivos respecto al mundo de los muertos y viceversa.

Pero el principal objetivo del Poder es modular el mundo que rodea a la fuente de la que surge, sin que ello suponga –y esto es muy importante- que se manifieste intención de modificaciones ni de cambio alguno en el recinto-fuente en sí. Es más, si se expresan intenciones de cambio en ese recinto-fuente, ello podría suponer el principio del fin para el sistema. Aunque los cambios verdaderos son, más allá de las intenciones en uno u otro sentido, inevitables a la larga –debido al incremento de entropía social de la organización compleja de la que dicho sistema forma parte- el Poder intenta por todos los medios a su alcance que los cambios no se anuncien ni sean siquiera imaginados o, cuando menos que, de producirse dicha intención, la

¹ Texto de la Laminilla de Hiponio, hacia el 400 a.C. (Tomado de A. Bernabé y Ana Isabel Jiménez, *Instrucciones para el Más Allá. Las Laminillas órficas de oro*. Ediciones Clásicas, Madrid 2001. Solapa portada.)

intención contraria, antagónica, de permanencia se manifieste –preferiblemente como fantasmagoría- ante los pacientes del Poder.

Es necesario examinar con cierto detalle el proceso de formación de esta fantasmagoría de la permanencia del Poder para, una vez establecida su estructura, entender su funcionamiento como instrumento dedicado a procesar adecuadamente el sentimiento de Soledad y observar como éste puede ser utilizado a su vez tanto para explicar racionalmente la *necesidad* del aturdimiento social complejo –es decir, su condición de epifenómeno- como el aturdimiento en sí propiamente dicho.

En este sentido, no es extraño que en muchas culturas el Poder se asimile simbólica y cognitivamente a la Muerte, no tanto por las semejanzas de las que antes hablamos –que en cierto modo nos informan, también ellas, acerca de su naturaleza común- como por los objetivos que persiguen. Además, Muerte y Poder se establecen casi siempre como fantasmagorías porque con ese ropaje funcionan mucho mejor y alcanzan antes sus propósitos de configurar las cosmovisiones de los grupos sociales. Así, el Poder, como la Muerte, aseguran siempre y ante todo su permanencia y la no posibilidad –ni siquiera imaginada, *sobre todo* imaginada- de un cambio en su fluir, en su llegar-a, en su acaecer. Todos mueren –se dice- y asimismo, todos están sujetos-a. Se trata de una comparación –ideológicamente condicionada- en la que caminan en paralelo una certidumbre biológica –la Muerte- y un recurso pretendidamente moral –la sujeción-a-. La superposición de ambos pretende absorber sobre el segundo la certidumbre biológica y fáctica primera.

Una vez lograda con éxito esa trasposición simbólica y de contenido cognitivo, será necesario grabar ese convencimiento en las capas más profundas del ser, haciendo de su tendencia hacia la muerte una necesidad de que en ese camino inevitable el Poder sea muleta y apoyo creíbles además de factor permanente y, al mismo tiempo, cubriendo con la noche y niebla del olvido aquella trasposición simbólica efectuada como por juego de manos. De esa manera, el grupo social va a integrar también la fantasmagoría de la permanencia e inevitabilidad del Poder en su cosmovisión o sistema de explicación del mundo.

La desviación del Miedo a la Muerte sobre el Miedo a los Muertos es otra característica disimuladora de la íntima relación que existe entre el Poder y la Muerte. Nos dicen: no temáis al Poder, respetadlo. También nos dicen: no temáis a la Muerte, temeros a vosotros mismos o, tal vez, temed a Dios. Pero Carl Gustav Jung revela el auténtico meollo del problema cuando en *Septem sermones ad mortuos* reproduce la terrible pregunta de los Muertos, de esos *que seguían por la noche a lo largo de los muros y gritaban: Sobre Dios queremos saber ¿Dónde está Dios? ¿Está muerto Dios?*². El Poder se esconde de los Muertos y de su interrogación adoptando la forma y el estilo de Dios, del que Es –como afirma Jung- *Creatur* y que por tanto no puede morir, pero sí puede disimular qué es y cómo es. Y también representa a la Muerte o, cuando menos, se esconde tras ella. Los Muertos por tanto terminan siempre preguntando –o siendo *desviados* a preguntar- no por ellos mismos, sino por Dios, no por la causa que los ha llevado a esa situación, sino por la circunstancia fantasmagórica a través de la cual inspiran un temor que, en verdad, ellos no han generado ni querido, pero del que inevitablemente van a ser transmisores.

La Muerte en este caso es una perífrasis o circunlocución del Poder –además de un fenómeno fisiológico universal que afecta a los seres vivos- es decir, que hubiera podido presentársenos con términos, formas y estructuras mucho más simples, pero no lo hace porque, lo mismo que el Poder, en esa selva de símbolos encuentra una tapadera provechosa para sus fines últimos: justificación y permanencia.

² JUNG, CARL G., *Septem sermones ad mortuos*. Sermo II.

El Miedo es, como sabemos, una forma de presentación de aquello que para nosotros resulta desconocido, bien por que es extraño o novedoso, bien por que es la tapadera de algo que, para no ser identificado, se esconde y se arrastra hacia nuestra esfera. En ese camino hacia el recinto interior que presuntamente nos protege, el Miedo toma las formas que el Poder le presta y entonces puede colonizar ese espacio aparentemente resguardado y separado de lo ajeno y de lo contaminante. Pero, en cualquier caso, eso que llega hasta nosotros ha de hacer como que nace dentro, ha de sortear las barreras defensivas colocadas por el ser y surgir de la tierra interior, de su sustancia, negando su condición de importado, de trasladado *desde*.

La colonización del espacio interior, la penetración de la burbuja de seguridad, la agresión “desde fuera – hacia dentro” de la que habla René Girard y que produce miedo cuando ocasiona el fluir, la efusión (de sangre, por ejemplo, de líquido vital, de nuestra sustancia íntima)³, es una de las maneras que el Poder tiene a su disposición para llevar hasta el final su propósito de permanencia. Colonizando a cada uno de nosotros, creciendo como un parásito en nuestro recinto más secreto y oculto, es como alcanza su razón para ser y para permanecer. Con tal motivo, la efusión de sustancia vital, líquidos, grasa o sustancia pertenecientes al individuo debe gozar de un estatuto ambivalente y paradójico, internalizando ese horror a ser *vaciado-de-sí*, pero permitiendo las extracciones autorizadas o socialmente sancionadas como buenas, incluso como deseables. La contradicción, como suele hacerse en estos casos, se resuelve llevándola al terreno del imperativo categórico, es decir, al territorio amplio, discutible y en cualquier caso sujeto a todos los compromisos, que es el ámbito moral.

Y así, la pregunta de los Muertos sobre Dios y sobre la Muerte de Dios, enmascara una pregunta que, desde hace muchos siglos, ha sido desprovista de cualquier significado revelador, despertador de conciencia, para transformarse en un grito sin sentido, perdido en la noche y compartido entre fantasmas, perdidos ellos mismos. El Poder acompaña de tal manera a los vivos y a los muertos, unificando su control y diversificando y eludiendo el aspecto de ese control. Por eso, el verdadero significado de la pregunta acerca de la muerte de Dios puede presentarse ante nosotros como la pregunta por la condición y las condiciones del ser.

Desde esta perspectiva, contemplamos la soledad del Poder como una confirmación de nuestra propia soledad. Inmediatamente hemos de justificar esa soledad con un argumento de *necesidad*. El Poder se ha de ejercer en solitario para no confundir ni perturbar las señales que inevitablemente ha de enviar hacia nosotros. Nosotros hemos de recibir esas señales también en soledad –igual que recibimos a la Muerte- por más que estemos en compañía y rodeados de multitudes, cada uno de cuyos componentes aparece igualmente solo. La relación entre el Poder y el individuo es una prueba de esfuerzo para la condición eminentemente solitaria de las partes de esa relación. Nada debe perturbar esa transmisión/colonización/parasitación del rincón más escondido y secreto. La publicidad revelaría –esto es, despertaría- el ser y lo pondría frente a su propia esclavitud internalizada y justificada, disfrazada de norma moral. Ese despertar podría convertirse, tal vez, y si fuera posible, en la mayor y en la más definitiva de las revoluciones. Acabaría con el Poder, desplazaría el Miedo a los reinos subterráneos del inconsciente colectivo –el Miedo es algo que, como el Mal, no se puede eliminar porque forma parte de nuestro propio ser- y colocaría a la Muerte en su lugar dentro del discurso corriente del acontecer. Pero, ¿remediaría la Soledad?

No obstante, algunos individuos han despertado a lo largo de la historia y pueden despertar todavía hoy y en el futuro. Eso es inevitable y el Poder lo sabe muy bien. En todas las organizaciones complejas suceden este tipo de fenómenos que son

³ *Toute effusion de sang fait peur*. GIRARD, RENE, *La violence et le sacré*. Hachette, 2002. pag. 55.

resultados previsibles del movimiento caótico que conforma el propio discurrir hacia el Borde Final. Son fenómenos incontrolables que forman parte del propio fluir de las organizaciones complejas en el caos reptante que es su caldo de cultivo. Lo que cabe preguntarse aquí y ahora es acerca de la condición de ese despertar. ¿Es necesariamente un fenómeno individual, que en su expresión más favorable afecta a unos pocos sujetos más o menos próximos, o bien se puede transformar en un proceso colectivo organizado? Y, en cualquier caso, ¿A dónde van quienes despiertan? ¿Se convierten ellos mismos en Arcontes, en Vigilantes de las esferas, o en sus Vicarios?

2. En el camino de la representación

La Muerte puede ser, desde luego, una puerta de salida hacia lo inimaginable o el final puro y simple de toda la tramoya. En cualquier caso, como espectadores de la representación en ese teatro del mundo, nos encontramos con, al menos, tres fenómenos concurrentes: Primero, la presentación del Poder (en sus diversas formas: económico, político...) como agente de modulación y de conflicto. Segundo, la aceptación como inevitables por una gran parte de los individuos de las consecuencias de esa presentación del Poder. Tercero, la aparición (en in-tensión y en ex -tensión) del aturdimiento social como un objetivo deseado –y en muchos casos, logrado- por las clases dominantes, que suelen ser los agentes del Poder aunque en muchos casos no sean sus dueños, para una mejor defensa de sus intereses y el éxito de sus fines. Según veremos, esta perspectiva nos confirma que la lucha ideológica no solamente no es una cosa del pasado, sino que se desarrolla en nuestros días con enorme violencia, por más que esa violencia sea camuflada, desviada o disimulada en movimientos y conflictos de apariencia diversa y su propia energía aprovechada como elemento de apoyo al sistema social vigente.

En este sentido conviene analizar con cierto detalle las relaciones mantenidas entre el orden social como imagen (social) del Poder y la expresión de una necesidad como respuesta a otra necesidad, es decir, la necesidad del aturdimiento como respuesta a la necesidad de la lucha ideológica o, también, la necesidad como imagen simbólica mediante la que se manifiesta el proceso del control social que desemboca en el “aturdimiento social complejo” en tanto que hecho social. Una de las manifestaciones de que se está en el camino de la representación, es decir, en el proceso que culminará más tarde en el uso y *disfrute* del aturdimiento, es la proliferación en todas partes, a todos los niveles y por todos los medios, de discusiones multitudinarias y sancionadas mediante aclamaciones en las que se tratan temas presentados como fundamentales (deportes, enfermedad/salud, trabajo, descendencia...). Pero la piroeta es doble, así que, atención. No es que los temas que se presentan como fundamentales no lo sean o no deban ser así considerados. Aunque en la presentación, el Poder ha hecho un juego de manos, simple pero efectivo. Ha trastocado el *objeto* de la discusión y, llegado el momento, no se discute sobre el tema fundamental –sea éste el que fuere- sino tan solo sobre las *formas* del discutir. Esta es una de las coordenadas básicas del que hemos llamado “camino de la representación”. Y hablo del Poder, así, en abstracto, pero en realidad tendría que colocar aquí el nombre y las circunstancias de todos y cada uno de nosotros, ya que la clave del éxito de semejante táctica es, precisamente, su prácticamente conseguida universalidad y su casi también absolutamente lograda capacidad de consenso, inapariencia y mimetismo.

El no-reconocimiento del verdadero carácter de nuestro desarrollo vivencial es una condición básica para el mantenimiento del desarrollo productivo y reproductivo

del sistema. Cuanto mayor sea el número de aquellos que *desean* continuar engañados, con una mayor facilidad se transmitirán los patrones de comportamiento condicionadores. Y no resulta fácil asumir el hecho de que a nuestros pies se abre el abismo de la Nada en lugar de tener bajo ellos el mullido y confortable suelo de las apariencias convenidas, consentidas y pactadas. Es una experiencia que va más allá – porque la trasciende y sublima- de la simple cuestión procedimental que lleva a organizar la vida y a enfocar de una forma aparentemente autónoma la manera de vivir. Únicamente en ciertos casos especiales –los místicos, los heterodoxos, los marginados- la venda puede caer al suelo y el individuo será capaz entonces de observar con sus propios ojos cómo es, en su *mejor* aspecto, esa realidad que nos presentan como lo *único* dotado con posibilidad de existencia.

En el camino de la representación se ofrecen al menos tres tipos de ensoñaciones o de fantasmagorías de estructura compleja. Una, es la conciencia del ser, equivocada, apartada y exilada de sí, tal como nos muestran –cada cual a su manera- Marx, Nietzsche y en cierta medida, Heidegger. Otra, es la presencia falsada de una *seguridad* y certidumbre atribuidas a esa composición errada. La simple condición evocada de seguridad sustituye a la experiencia en sí misma de la composición del ser. La tercera, es la transferencia simbólica entre lo evocado y la posibilidad de evocar, que llega en su camino hasta la *invocación*, es decir, hasta el ritual. Con ese juego –en el que intervienen algunas otras entidades que, tal vez, posean una importancia igual o mayor incluso que los aspectos citados (a cada uno queda el ejercicio de presentarlas alternativa o conjuntamente en el escenario)- se culmina un desarrollo alterado de la conciencia, puesto que el ser, aunque nos lo velen o camuflen, suponemos que continúa siempre en su lugar, al menos en principio.

Sin embargo, la función principal del Poder en el proceso denominado “camino de la representación”, será la de discutir la certeza e inmutabilidad de esa permanencia del ser, ofreciendo a cambio de la inseguridad que esa incertidumbre aporta, la *seguridad* –que fluye hacia nosotros- de una representación trucada con sus fantasmagorías móviles y relucientes. Hay que tener en cuenta no obstante que tras la luz del Poder se esconde la luz de la Muerte y tras los espantajos aparentemente inofensivos del escenario, se abren las fauces desmesuradas y ansiosas de los monstruos del Final de los Tiempos. Pero esas imágenes popularmente consideradas como horribles, escondidas de la vista de las personas sensibles y que, tiempo atrás, se ofrecían a todo aquél que quisiera verlas en los *transis* y danzas de la muerte medievales, ya no ejercen entre nosotros su potencial de negación y de frustración de los objetivos del Poder. Ahora únicamente surgen a través de las prácticas de los modernos brujos de la tribu y por ellos son controladas y explicadas mediante el mixtificar del ritual establecido.

Otra creencia comunmente compartida es aquella que se refiere a la capacidad del Poder como agente de modulación y conflicto. Existe modulación y existe conflicto emanados desde el Poder, desde luego. Hasta se podría decir que ambos hechos son representativos del Poder como figuración. Pero será conveniente examinar de que modulación y de que conflicto hablamos, antes de comprometernos y de aceptar alegremente lo que nos ofrecen. Habrá que decir primero que el conflicto es una propiedad de las organizaciones complejas y únicamente cabe esperar su aparición en el curso normal de los acontecimientos. Pero, en éste caso normal, el conflicto es un agente de cambio cualitativo del sistema en el que se produce. Es decir, hace que el sistema complejo en su conjunto alcance un estado diferente respecto al anterior de partida. Todavía no podemos decir si ese nuevo estado será mejor o peor. Sólo se puede afirmar con un grado suficiente de certidumbre que será distinto.

En cuanto a la modulación, depende funcionalmente de los sistemas de retroalimentación que todo sistema complejo desarrolla a lo largo de sus cambios cualitativos. Esa es una de las cualidades de la organización compleja: la posibilidad

de auto-regularse y auto-controlarse en sus diferentes facetas. Es por tanto un procedimiento muy adecuado para conseguir que, a través de su funcionamiento, la organización compleja origine sus propias normas y también se puede considerar como lo más parecido a la libertad que nos será dado conocer.

De lo que hemos dicho casi se desprenderá, por la inercia del razonamiento seguido, que al Poder no le interesan ni esa clase de conflictos ni mucho menos ese tipo de modulación, ya que, si las permitiese, no podría ejercer su dominio sobre las organizaciones complejas ni tampoco influir sobre sus sistemas, con lo que se vendrían abajo en un momento todas sus pretensiones. Tanto es así, que en algunos momentos del decurso histórico espacio-temporal en el que ahora existimos, se han producido ese tipo de saltos tan temidos y denostados por el Poder. A lo largo de la historia, el Poder ha perdido en diversas ocasiones el control de su *parque zoológico* y algunos de sus ocupantes se han escapado. Son aquellas entidades a las que ahora se llama Monstruos y que figuran en el imaginario colectivo como entidades peligrosas y nocivas, cuando, en verdad, su único crimen es el de haber conseguido liberarse.

¿Qué clase de conflictos desea entonces el Poder? ¿Y, qué clase de modulaciones aplica? Para contestar a estas preguntas, primero es necesario entender que el Poder se resiste desesperadamente a cualquier cambio. En ese sentido, es como si tratase de retrasar con toda su energía el inevitable salto a través del Horizonte caótico. Porque, desde luego, el salto a través del Borde es inevitable, como lo es que cualquier organización compleja termine por desaparecer y fundirse en el gran abismo. Que después se pueda volver a empezar o no es ya una cuestión de interpretaciones. Pero el fin está ahí, ante nosotros y cada vez más cerca. Nosotros siempre nos preguntamos *cuando*, pero muy pocas veces nos planteamos *por qué*, aunque ésta sea quizá la pregunta más importante. El *cuando* carece de importancia ya que la escala de los acontecimientos cósmicos es muy distinta de nuestra propia escala espacio-temporal. Quizá tenga alguna significación más allá del simple acontecer para aquellos a los que les toque el tránsito durante su propio existir. Pero lo verdaderamente importante seguirá siendo el *por qué*. La Gran Pregunta. Esa que los héroes y protagonistas de las leyendas y relatos populares *nunca* hacen, aunque debieran.

Pero volvamos a lo nuestro. El Poder, decimos, se resiste al cambio aunque el cambio sea inevitable. Se trata entonces de permanecer durante el mayor tránsito espacio-temporal posible. Y esa es una situación en la que, cada vez más, se pone de relieve, se muestra, el auténtico rostro del Poder, cuando los argumentos morales ya han perdido su utilidad y la máscara cae. El Rey se queda desnudo y mata a todos los que han podido ver su carroña al descubierto. Entonces también exhibe su sonrisa y el loco brillo de sus ojos. Como no es posible eliminar a todos los integrantes de la colectividad, se impone el engaño, la ceguera o, mejor, la propia complicidad en el no ver lo que no debe ser visto. De todo eso está formado el aturdimiento social complejo. Los conflictos surgen entonces no entre los individuos y el Poder, sino entre los individuos mismos. Entre aquellos que son partidarios de hacer público lo que han visto y quienes desean continuar manteniendo el tinglado, bien sea por interés o por pereza. Los conflictos pierden en ese momento su carácter como agentes del cambio y se mantienen como piezas de una estrategia de la tensión que aleja del Poder aquellas energías que podrían comprometer su posición y su propósito de permanencia.

En cuanto a las modulaciones, tampoco son las que surgen más o menos espontáneamente de sistemas de autoregulación del acontecer espacio-temporal de la organización compleja. Las que aparecen en el camino de la representación son intervenciones del Poder disfrazadas y enmascaradas, destinadas sobre todo a la manipulación de los niveles de energía social y a la distribución de esa energía hacia objetivos de distracción y aturdimiento colectivos.

El camino de la representación llega así a su objetivo principal: mantener en su sitio al Poder y desactivar en lo que sea posible la carga disgregadora que traen consigo las actividades corrientes de la organización compleja. No se planteará jamás el *por qué*. Ni siquiera estará consentido pensar en el *cuando*. Tan solo se enunciará el *cómo* y siempre que la oportunidad en que se enuncie esté de acuerdo con aquello que de nosotros se espera.

3. La Soledad que desemboca en lo necesario del Mundo.

El Poder espera de nosotros que permanezcamos en soledad y que descubramos que esa ficción que se nos presenta es algo necesario, pero no desde el punto de vista del Poder o como justificación suya –al menos, no completamente- sino como una necesidad nuestra, que nosotros mismos, sin esperar a nadie, sin el concurso de ningún dios, reclamamos y asumimos. Es entonces cuando el Poder se desentiende en parte de nosotros y se ocupa de mantener su propia posición relativa en el marco espacio-temporal en el que se manifiesta el caos reptante, aunque éste, inevitablemente, continúa deslizándose entre sus manos.

¿Qué carácter tiene entonces esa soledad de nosotros en el mundo? Desde el punto de vista que manejamos aquí es posible considerarla como una fantasmagoría más del universo-espantajo en el que se desarrollan nuestras vidas. Pero no es sencillo llegar a esa conclusión con argumentos o mediante pruebas más o menos fiables. Tampoco nos servirá demasiado el procedimiento “acierto-error”, ya que aquí se ejecutaría casi en una especie de vacío del ser que es querido y deseado por nosotros mismos. Únicamente se ofrece algún atisbo de ese carácter fantasmagórico de la soledad, en el imperio y la urgencia que muestra en cuanto a que su necesidad sea reconocida. Cuando algo se nos muestra como necesario en o para el mundo, deberemos estar casi seguros de que el componente simbólico de tal necesidad oculta otra necesidad: la que el Poder tiene de manipularnos. Un cuento puede contener otros dentro de sí. Un mito puede resultar ser el vaso exterior de otro o de otros mitos. Una necesidad encubre también a otra, generalmente disfrazada con los resultados de una cadena del razonar.

¿Nos libera en algo ese *reconocer-de* relativo a la necesidad de nuestra soledad? Tal vez lo haría si nosotros fuéramos conscientes de lo fantasmagórico de la transacción que se nos ofrece, porque el único fragmento del espacio-tiempo que puede ser utilizado para lograr nuestra liberación, en el estado de cosas a que ha llegado el Mundo, es aquél en el cual el Poder mira para-sí más que para-nosotros, es decir, aquél instante o instantes en que el Poder está confirmando cuanto se ha degradado el sistema que lo mantiene y de cuanto tiempo dispone todavía. No hay otra cosa que podamos utilizar contra él o a favor de nuestras posibilidades.

Sin embargo, es necesario conocer muy bien las condiciones y peculiaridades de ese momento único. Y conocer también las propiedades de lo que forma y compone este espacio-tiempo que nos alberga entre sus anillos, al igual que lo hacía en un principio la Gran Serpiente mitológica. Así, en el momento en que el Poder ha distraído una parte de su atención sobre nosotros para establecer su posición relativa, según hemos dicho, ya no es del todo consciente de nosotros y de lo que nosotros suponemos para su propio mantenimiento. Es verdad que nosotros somos –en parte- él y también es cierto que él, o más bien su ser, descansa en nuestra misma realidad y descansa todavía mejor sobre nuestro aturdimiento. Pero en ese momento de dispersión, precisamente en ese instante, una parte de nosotros deja de ofrecerse en él como argumento, excusa y *necesidad*.

Podríamos, tal vez, con nuestra fuerza y mayor número, invertir el proceso del aturdimiento y hacerle sentir a él (al Poder) una necesidad nueva que, lenta e inadvertidamente, fuera tomando el lugar de la necesidad que él mismo nos traslada. Nuestra actitud sería entonces muy semejante a la que toman ciertos virus dentro de la célula huésped la cual, aparentemente, dirige el conjunto de su metabolismo aunque, realmente, a medida que el virus se replica, cada vez manda menos en su proyecto vital y en su futuro. Eso podríamos llevar a cabo, desde luego, pero sólo sería posible con una voluntad y un propósito común que, como en el ejemplo del virus invasor, estuviese coordinado por nuestras estructuras más íntimas y capaces.

Ante nuestra ausencia de reacción, el Poder se tranquiliza e invierte cada vez un mayor número de sus recursos de vigilancia y de control en determinaciones particulares, en sus cálculos y perspectivas sobre la situación, abandonando una buena parte de ese control a los procedimientos rituales de comportamiento, los cuales, como un piloto automático, mantienen el sistema en un buen orden relativo, aunque no minuciosamente supervisado. El problema no viene por ahí, aunque nosotros no reaccionemos contra él Poder. Es la propia situación de la organización compleja la que despierta su conciencia y actúa como epifenómeno sobre el Poder. Entonces, se acelera –por decirlo así- el proceso de disgregación de la organización compleja controlada por el Poder y éste se ve en la necesidad de volver a tomar el control de la situación y de responder urgentemente mediante la instalación de una mayor rigidez en las estructuras que lo sostienen. Aunque esa reacción parece salvar la situación por un momento, el problema fundamental que arrastra la organización compleja por su propia naturaleza no se ha resuelto. Nosotros presumimos –o creemos saber- que la situación es irresoluble. Pero el Poder se obstina en no reconocerlo así e incrementa la presión sobre los sujetos a los que somete. Finalmente, a causa de su propia necesidad, termina por tragarse su cuento y hace de lo necesario del mundo un intento de remedio, un parche espacio-temporal para la supervivencia.

Entonces ocurre que se refuerzan los intentos por presentar la fantasmagoría creada al efecto como la verdadera imagen del mundo. La respuesta colectiva habría cambiado posiblemente las tornas, aunque tal vez únicamente determinaría que un Poder fuera sustituido por otro que reanudase su labor en el mismo punto en que el anterior la hubiera dejado. Pero al Poder eso no le interesa. Nada significa para él lo que otro Poder alternativo pueda o no pueda llevar a cabo. El Poder se considera único y no canjeable ni sustituible.

Sin embargo, la respuesta colectiva hubiera hecho posible el cambio –o al menos, la sustitución- y con ello habría acelerado sin duda el proceso de disgregación, lo que en el balance general de la situación de la organización compleja de la que formamos parte en el espacio-tiempo, tal vez sería más favorable que la simple y pura manipulación que sufrimos por más temporal que ésta sea. Pero la ausencia de respuesta de lo colectivo refuerza la presencia de lo privado y personal en la fantasmagoría “soledad”. Ese modelo cognitivo adquiere así un brillo en su necesidad y en su pertinencia que de otro modo quizá nunca habría tenido. Y se coloca como uno de los valores supremos. No querido, pero ya revestido artificialmente con la condición de *inevitable*, tanto como con la condición de *necesario*. Así se construye en el interior de cada individuo una imagen de la conciencia en la que prevalece el concepto de lo necesario-privado del mundo.

Es esta una imagen que coincide con las informaciones aportadas por el modelo cognitivo que nos habla de la Muerte. Sabemos que la Muerte es inevitable – como lo es la desaparición y disgregación de la organización compleja sobre la que se apoya el Poder- y también intentan presentarla como privada: la propia muerte atañe a cada cual, se dice. Una de sus características más aparentes es la universalmente repartida creencia de que se muere en soledad. Pero eso no es totalmente cierto y precisamente por ello todas las culturas han diseñado un sistema simbólico-cognitivo

adecuado para paliar esa pretendida soledad del individuo ante la muerte y para responder por ello frente a las transformaciones que la Muerte provoca en los miembros del grupo que *atrapa* en su red. Ningún ser muere totalmente solo, aunque lo haga en el más remoto y despoblado desierto. Porque todos los seres son en una buena parte lo que es su grupo, lo que su colectividad ha puesto en ellos durante sus años de pertenencia y en la medida en que la conciencia se extingue lo hace como un artefacto cultural minuciosamente diseñado.

Con todo ello se encuentra el Poder cuando intenta llevar a cabo su manipulación. Ésta, incluso, únicamente va a ser reconocida como individual. Jamás como colectiva. El referirse a las manipulaciones del poder como “colectivas” despierta una especial repugnancia en la mayoría de los sujetos, lo que indica y pone de manifiesto la espesa corteza de convencionalismos y prevenciones *morales* con la que se recubren tales hechos. No porque algo repugne o repela más resulta menos cierto y menos seguro, sino, precisamente, al contrario. Aquello que se rechaza con mayor fuerza suele ser, o bien lo que más se desea, o eso a lo que un menor grado de reconocimiento se ve uno obligado a conceder ante el mundo. Por eso las manipulaciones del Poder y en nuestro caso, la atribución a la soledad de una condición de *necesaria* en el camino de la representación, suelen permanecer profundamente escondidas y, por tanto, ser confundidas con cualidades naturales, lógicas, esperadas e inevitables a las que, en beneficio de todos, no se debe oponer resistencia.

No obstante la condición moral de esas convenciones puede ser, precisamente, la que mejor ilustre acerca de la auténtica naturaleza de lo que el Poder nos muestra como la única realidad posible. Es la única realidad posible –nos dicen a lo largo del camino de la representación- y se ha llegado a ella a través de un esfuerzo por mejorar. Es un resultado que hemos conseguido entre todos –afirman- y así debemos reconocerlo. Pero, ese sendero evolutivo al final del cual creemos encontrarnos únicamente es un callejón sin salida en el cual el Poder desea mantenernos distraídos y satisfechos.

No existe tal evolución o, al menos, no existe como nos la cuentan. Lo que sucede con la ganancia cualitativa de los niveles o estadios no es –o al menos no tiene porque serlo, o no tiene porque serlo siempre- un nivel cualitativamente *mejorado* sino tan solo un nivel cualitativamente *distinto*. La organización compleja no es un sistema determinado. Precisamente, se trata sin duda del sistema menos determinado de todos los que puedan concebirse y por eso las cosas no funcionan con ese aspecto tan mecanicista (se suman variaciones cuantitativas y se obtiene un cambio cualitativo mejorado). Aunque ese tipo de cambios tan lineales y *esperados* se presentan como deseables en la organización compleja a la que el Poder desea controlar, es necesario dudar que ocurra así en circunstancias ajenas y alejadas a su manipulación.

Por eso la soledad no tiene porque ser una meta inevitable. Por eso el Poder no es la única alternativa posible. Por eso las organizaciones complejas no se perfeccionan incrementando su rigidez, sino disolviéndose y cayendo al otro lado del Gran Borde caótico que nos aguarda. No digo que esa sea la gran verdad, sino que no es posible compartir por más tiempo la Gran Mentira. El aturdimiento social complejo al que hemos hecho referencia a lo largo de estas páginas, surge entonces como una necesidad que encubre la *necesidad* del Poder. No se trata de esgrimir el aturdimiento frente a la posibilidad de la aniquilación, porque atravesar el Gran Borde no supone extinguirse sino, muy probablemente, disponer de una oportunidad nueva, limpia y clara en el encadenarse de las fuerzas del Mundo.

4. El Aturdimiento y la conciencia del Mundo.

El aturdimiento social complejo supone también una multiplicación de la conciencia del ser. El ser ya no es percibido como una posibilidad sino como pluralidad indeterminada, lo que por un lado conduce a una gran dispersión de las informaciones recibidas por el individuo y por otro al incremento proporcional en las dificultades de interpretación. El barullo y la confusión sustituyen a lo que habría de ser una interpretación tranquila y metódica, una exploración concienzuda de las distintas realidades que forman el Mundo.

La conciencia del Mundo se modifica así de una manera sustancial. Ya no se trata de determinar por parte del protagonista cual es su papel en el conjunto de actividades para las que ha sido preparado mediante la aportación de un conjunto más o menos amplio de modelos cognitivos a lo largo de las diversas etapas de la socialización. El universo externo manipulado le impone una pluralidad de aspectos que él ha de tomar como expresión de la conciencia del Mundo, negando a ésta cualquier posibilidad de expresión singular y concreta, reduciéndola al papel pasivo de un espejo que lanza miles de reflejos hacia lo externo de sí, sin que se pueda determinar cual es el más auténtico o el que mejor responde a las esperanzas, deseos y objetivos del ser. No hay tiempo para eso, nos dicen.

En la confusión que imponen las prisas medran el aturdimiento y la parálisis de los propósitos interventores del individuo sobre la realidad que aparentemente le rodea y se manifiesta ante él, pero a la que no puede identificar o expresar en un modelo accesible. Él ya difícilmente podría asegurar que la realidad sobre la que desea actuar sea ésta de aquí o aquella de allá. Todo se basa en un juego de fantasmagorías en el que tipos inciertos de realidades virtuales se superponen, se convierten o se sustituyen unas a otras con gran celeridad. Como objetivo, el Poder desea que el sujeto apruebe ese estado del Mundo y lo sancione como un proyecto deseable, producto de la *libertad* y de la posibilidad de elegir. Pero libertad y posibilidad se difuminan y se convierten en algo abstracto e invisible cuando las alternativas presentes en las diversas etapas de la existencia, niegan con cambios veloces y variaciones sutiles e indetectables su propia presencia y hasta su misma posibilidad expresiva, enmascaradas por la celeridad y la violencia que exhiben al mostrarse.

La conciencia del Mundo pierde así su carácter como sistema referencial del ser y se convierte en una sombra apenas entrevista a la que no es posible fijar en una posición concreta ni durante un período suficiente con respecto al acontecer. La disminución progresiva entre los impulsos de información suministrados por eso que se nos aparece y muestra como realidad obliga a descartar muchos paquetes de datos o a interpretarlos con una celeridad cada vez mayor, lo cual entra casi de inmediato en conflicto con los mecanismos individuales de establecimiento de mapas y modelos cognitivos. El sujeto se pierde en una masa progresivamente creciente de reflejos a los que no puede identificar ni señalar como causas o reconocer como efectos de una actividad externa.

Por otra parte, la verdadera naturaleza del sistema *moral* es cuidadosamente ocultada. Este sistema encubre las miserias de un esqueleto desnudo y carcomido, estructurado sobre informaciones no exactas, con medias verdades y mentiras calculadas. La *libertad* se reviste como norma suprema mientras se esconde el hecho real de que, en cualquier caso, su práctica queda reducida al esquema –mucho más auténtico y condicionante– de los *grados de libertad*. Los individuos no marchan por donde quieren ni con quien quieren sino por donde el sistema *permite* y con las compañías *adecuadas*. Y esto, que contradice en esencia el estatuto *moral* invocado como fundamento de la co-existencia, ha de ser aceptado por todos como una

necesidad y como una limitación inevitable de la vida en común. Pero como no todos lo aceptan ni comulgan con esas ruedas de molino, es preciso combatir las posibles resistencias fomentando el aturdimiento.

Eso que denomino –para entendernos- aturdimiento social complejo y que he descrito en un trabajo anterior ⁴, representa la auténtica faz de la necesidad predicada por el Poder. Es una necesidad que responde a la que el Poder tiene de perpetuarse, de mantenerse contra la corriente del caos reptante que nos arrastra a todos hacia el Borde Final. No va a retrasar en nada ese fluir, ese deslizarse que impone el propio universo en el que se manifiesta la organización compleja de la que formamos parte, pero pese a todo, la necesidad se cubre, aunque disimulada y camuflada en su carácter y en su oportunidad. La naturaleza del orden moral se debe precisamente a otra necesidad derivada de las dos anteriores, cual es la de recubrir el frío rostro de la realidad con una máscara que lo haga justificable y aceptable, aun cuando no pueda convertirlo en algo digno de ser asumido con un convencimiento mínimo.

La imposición del aturdimiento –inevitable, ya que nunca podría ser aceptado en una situación de conciencia despierta del Mundo- trae como una de sus consecuencias la negativa a ver y la tendencia que lleva hacia el asentimiento y el consenso sobre perpetuarse la situación de dominio del Poder. La conciencia del Mundo viene a convertirse, por tanto, en el argumento y en la excusa de la colonización interior y de la esclavitud externa, por más que a través del sistema moral dichos procesos intenten elevar hasta el cielo las grandes torres de una construcción tan fantasmagórica como el viejo castillo de los sueños, cambiante con cada rayo de sol.

Nada puede salvarnos de esa conspiración en la que todos y cada uno de nosotros somos cómplices, aun cuando intentemos justificarnos a través de las invocaciones o rituales, de la necesidad y de lo inevitable de las limitaciones impuestas. Porque mediante el proceso en cuyo seno se desarrolla el aturdimiento, surgen también los esfuerzos de auto-justificación y de auto-convencimiento por los que las limitaciones se convierten en medidas deseables, eficaces y universalmente queridas. La decadencia y la desigualdad que el presente sistema acarrea no son vistas como consecuencias intolerables de un proceder malvado, sino como unas molestias apenas perceptibles a las que uno *ha de acostumbrarse* y que son el *precio* que todos hemos de pagar por nuestro bienestar.

El carácter fantasmagórico del modelo social en el cual el Poder nos introduce y al que se presenta con la colaboración permanente de sistemas de propaganda muy sofisticados, se pone muchas veces en evidencia. Hay muchas personas que lo ven y que son conscientes de ello. Pero es entonces cuando actúa el más efectivo de los sistemas de salvaguardia del sistema: la autocomplacencia y el mirar hacia atrás. Así –dicen- la historia nos muestra lo que era el Mundo antes de que llegase esta edad de oro. Enfermedad, muerte, aniquilación, dolor, atraso tecnológico y superstición, entre otras calamidades. La enfermedad se ha transformado en un problema genético, tratado en las nubes de laboratorios ignorados. La muerte, ha desaparecido de nuestra realidad –aunque todos conozcamos gente que se muere todos los días- y se ha convertido en un curioso viaje a ninguna parte. La aniquilación es algo que suele aparecer –entre concurso y concurso- en nuestras pantallas domésticas o en los titulares y fotografías en tinta impresa de los periódicos. El dolor ha dejado nuestros nervios y se convierte en motivo de inspiración para algunos poetas tortuosos a los que se permite la existencia porque de todo tiene que haber en éste mundo. El atraso tecnológico ya no cuenta en un planeta en el que casi todos –los que pueden hacerlo- comen y beben lo mismo y con idéntico resultado. Por último, la superstición ya no se

⁴ En *A Parte Rei* nº 44. Marzo 2006.

llama así y su constancia *sí* que es cosa total y definitivamente del pasado –o, tal vez, propia de esos desgraciados que malviven ahí, un poco más abajo de nuestras maravillosas y verdes praderas- porque ahora hablamos de *creencias* y de *variedades culturales*.

El aturdimiento está en el permanecer y también está en el intento de perseguir una realidad ilusoria y fantasmal. Gozamos ahora, según parece, de las bendiciones derivadas de la multiplicación de conciencias. Pero tendremos que preguntarnos, alguna vez, en algún momento de estos años en los que ahora vivimos, que ocurrirá cuando esa luz que nos deslumbra y a la que tomamos por nuestra esencia y destino, se extinga y desaparezca para siempre de nuestros ojos.